

tuosas relaciones con los vecinos, los amigos, y sobre todo con los parientes cercanos.

2. No hay envidias; al contrario, se experimenta satisfacción por el bien ajeno.

3. No se da cabida jamás al rencor.

4. Se pone esmero en servir al prójimo sin interés alguno.

5. Nunca se niega un centavo, un pedazo de pan, ó un vaso de agua al pobrecito que pasa, porque se ve en él la persona misma de Jesucristo.

6. Ni se abre la boca ni se presta oídos á la mentira y á la calumnia.

7. Se pagan las deudas con prontitud.

8. Se observa siempre lealtad y franqueza, y no se miente jamás, aunque la mentira no haga mal á nadie.

9. Se trabaja honestamente y se tiene plena confianza en la Providencia.

10. Y no se consultan sonámbulos y hechiceros.

En la familia cristiana, la fe, la esperanza, la caridad y la justicia tienen su asiento en los cuatro ángulos del hogar.

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)

## IMPRESA DE "EL CATECISMO"

CALLE DE BALVANERA NÚM. 18.—MÉXICO.

En este Establecimiento se desempeñan con *Esmero, Puntualidad y Corrección*, toda clase de trabajos tipográficos.

**Puntualidad y Precios moderados.**

# EL CATECISMO

ORGANO

DE LA CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.

*Hæc est victoria que vincit mundum, fides nostra.*

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.<sup>a</sup> EPIST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

## DOCTRINA

(CONTINUA)

—Mas, ¿solamente al fin del mundo hemos de ser juzgados?—No, además del juicio público y solemne de que venimos hablando, hemos de sufrir uno particular y secreto, en el que nuestra alma sola estará en la presencia de Dios. En el instante mismo y en el mismo lugar en que nos sorprenda la muerte, se levantará para nosotros un tribunal ante el que comparecerá nuestra alma separada del cuerpo, para rendir cuenta de todos sus actos y recibir conforme á sus obras una sentencia que decidirá inmediatamente nuestra suerte por toda la eternidad. Este es otro de los artículos clarísimos de nuestra fe: *Está establecido á los hombres, que mueran una sola vez, y después el juicio.* (San Pablo á los Hebreos IX. 27.)

—Pero en tal caso, diréis, ¿qué necesidad hay de otro juicio, si nuestra suerte se decide inmediatamente después de morir?—No hay, en efecto, una necesidad absoluta, no es indispensable ese segundo tribunal, y bien pudo Dios disponer las cosas de otro modo; mas, con todo, hay muchas razones de con-

gruencia que demuestran la equidad y la alta razón del juicio universal.

La primera, que ya antes indicamos, se refiere á Jesucristo: se le deben esa exaltación, ese triunfo, esa gloria delante de toda la tierra, testigo de sus crueles ignominias.

La segunda, que mira al honor de Dios, es la justificación plenísima y brillantísima de su providencia, objeto por ahora de muchas blasfemias. Han existido, hay y habrá siempre en el mundo espíritus altivos y soberbios que insultan al cielo, que censuran y condenan la conducta de Dios en el gobierno del universo. ¡Hasta los mismos cristianos, sin ser irreligiosos, se maravillan y escandalizan de algunas cosas que aparecen extrañas á su miserable inteligencia! Al ver, por ejemplo, los bienes de este mundo distribuidos con tanta desigualdad; al ver, y esto parece todavía más injusto, á tantos buenos desfallecer en la miseria mientras que tantos impíos triunfan: cuando se sabe que todas las cosas están en manos de Dios y que todas dependen de Él, ¡cuántos piensan que no se ocupa de los acontecimientos de acá de la tierra ó que la gobierna muy mal! Es, por lo mismo, indispensable que el Señor haga conocer á todos la soberana sabiduría, la rectitud y la justicia de sus caminos, á fin de que todos le rindan la gloria que merece y confiesen que ha obrado en todo con justicia. Pues bien, sabed que para el día del juicio ha reservado la defensa plenísima de su propia causa y dar cuenta al mundo de su conducta.

Y, por último, nada más conveniente á los mismos hombres que el juicio universal.

Porque, primeramente, aumentará la gloria de los justos y la confusión de los malvados. Acá en la tierra, ¡cuántas almas escogidas, almas amadas de Dios, que viven sin ser conocidas, que son objeto de desprecio para el mundo, si no es que sean víctimas de persecuciones, de calumnias y de sarcasmos! En cambio, ¡cuántos pecadores insignes gozan de estimación y de aplausos universales, porque saben ocultarse y disfrazarse con mayor astucia! Y por lo mismo se hace indispensable un juicio universal, por una parte, para rectificar y reformar tantas opiniones erróneas, para hacer brillar tantas virtudes ignoradas y honrar á tantos inocentes oprimidos; por otra, para arrancar la máscara á tantos hipócritas y cubrirles de confusión y de vergüenza.

Además, el juicio señalará la recompensa ó el castigo al cuerpo que fué instrumento del bien y cómplice del mal. El juicio particular que se verifica en el instante de la muerte, sólo es para el alma; y no pocas veces sucede que el cuerpo recibe una magnífica sepultura, mientras que el alma está condenada, como sucedió con el rico avariento; y otras veces, como acaeció con Lázaro, que el cuerpo es enterrado sin la menor distinción, mientras que los ángeles transportan á el alma triunfante al cielo. Pero unidos como han estado el alma y el cuerpo para servir á Dios ó para ofenderle, es justo que los dos unidos hayan de comparecer en juicio.

P. ¿Qué creéis cuando decís: creo la comunión de los santos?

R. Que los unos fieles participamos de los bienes espirituales de los otros, como miembros de un mismo cuerpo.

El artículo noveno del Símbolo de los Apóstoles dice así: *Creo la santa Iglesia católica, la comunión de los santos.*

Uno de los principales efectos de la venida del Espíritu Santo fué la fundación y el establecimiento de la Iglesia de Cristo. Esta Iglesia extendida ahora por todo el mundo, estuvo en su principio reducida á la ciudad de Jerusalem, de donde brotó vigorosa para dilatarse rápidamente hasta los últimos confines de la tierra. ¿Cómo? Por medio de los Apóstoles que salieron del cenáculo investidos del Espíritu de Dios y que enriquecidos con la Sabiduría celestial, y armados de la más generosa intrepidez, se presentaron á los pueblos para anunciar la fe de Jesucristo: *Su sonido se ha propagado por toda la tierra, y hasta el cabo del mundo se han oído sus palabras.* (Salmo XVIII. 5.) Predicaronla primero á los judíos con tal éxito, que San Pedro convirtió tres mil hombres la primera vez y cinco mil la segunda. (Hechos. II. 41; IV. 4.) Llevaron después á las naciones la luz del Evangelio é implantaron por todas partes la verdadera fe.

Este artículo por el cual profesamos creer la Igle-

sia Católica, es de altísima importancia; porque nuestra fe en los demás artículos de tal manera pende de él, que pudiéramos rechazar todo el Símbolo si nouviésemos la autoridad de la Iglesia que nos lo propone. Y así, dice San Agustín: *No creyera yo en el Evangelio, si no me obligase á ello la autoridad de la Iglesia Católica.* Y la razón de esto es muy clara: aunque el Símbolo, el Evangelio y toda la Escritura contienen la revelación y la palabra de Dios, sobre la cual, en último análisis, descansa nuestra fe; sin embargo, esas fuentes son siempre dudosas y poco seguras para nosotros sin la voz y la autoridad de la Iglesia.

Esta Iglesia es el medio inventado por Jesucristo para proponernos y enseñarnos las verdades sin peligro de error. Si los soberanos de la tierra cuando dan á sus súbditos el código de sus leyes, no lo abandonan á la interpretación ó capricho de cada individuo, sino que establecen un tribunal vivo y permanente para juzgar en último é inapelable recurso y para fijar el sentido de las leyes, ¿creeremos que Dios habría sido tan poco previsor en el gobierno de las almas que dejara sus oráculos y sus revelaciones á merced de todos los intérpretes, sin investir de una suprema é infalible autoridad á un tribunal que fuese para nosotros segurísimo guía?

¡Pues este tribunal es la Iglesia, cuyas decisiones quiere Dios que acatemos en todo cuanto concierne á nuestra creencia, bajo pena de ser tenidos como paganos y publicanos: *si á la Iglesia no oyere, tenle*

por gentil y publicano. (San Mateo XVIII. 17.) Solamente de ella podemos recibir con seguridad la regla de nuestra fe, el código de las Escrituras divinamente inspiradas y su interpretación genuina, pura y cierta.

Vemos, pues, que el artículo de la Iglesia es el fundamento sobre el cual se levanta el majestuoso edificio de nuestra fe. Todo cuanto creemos, lo creemos únicamente por la palabra de Dios; pero á la Iglesia sola le pertenece darnos á conocer infaliblemente esa palabra de Dios.

Claro es que esta palabra *Iglesia* no se aplica aquí á los edificios materiales destinados á los ejercicios del culto y de la religión, sino á una sociedad, á un cuerpo, á una reunión de personas en las cuales se encuentra la verdadera fe, el verdadero culto de Dios, la verdadera religión, y fuera de la cual no hay ni puede haber salvación. Este artículo nos propone, pues, dos verdades: 1.<sup>a</sup>, hay en el mundo una sociedad que practica el verdadero culto de Dios; 2.<sup>a</sup>, esta sociedad no es la de los mahometanos, ni la de los judíos, ni las de los protestantes, etc., sino la de los hombres que profesan la fe de Cristo, la fe católica romana, en cuyo seno nacimos y hemos crecido y vivido por la divina misericordia.

En cuanto á la primera verdad, que hay en el mundo una sociedad depositaria de la verdadera religión, es cosa evidente, manifiesta y conforme en todo con la Providencia divina. Porque puesto que hay un Dios, es necesario que haya un culto, una re-

ligión para servirle y honrarle; y si hay religión, es necesario que haya una escuela infalible en donde esa religión se enseñe, y un cuerpo de personas que la practiquen. A este conjunto de personas, á esta escuela, se le llama ordinariamente *Iglesia*, y á aquellos á quienes enseña la verdad se les llama *Fieles*. Además, del mismo modo que no puede haber más que un solo Dios verdadero, tampoco puede haber más que una sola verdadera religión, una sola Iglesia.

En cuanto á la segunda verdad, que esta sociedad sea nuestra Iglesia católica, con exclusión de todas las sectas diferentes, fácilmente se reconoce reflexionando que es la única que presenta los caracteres señalados por el Espíritu Santo para distinguir la verdadera Iglesia de todas las demás. Estudiaremos esos caracteres después de definir claramente lo que es nuestra Iglesia para conocer quiénes son los que le pertenecen.

(CONTINUARÁ.)

## MORAL

### LA CARIDAD.

(CONTINÚA.)

#### III

Es natural condición de nuestro entendimiento, escalar lo recóndito, yendo por el camino de lo asequible; ir á lo espiritual por lo sensible; á lo universal por lo particular y, en consecuencia, al conocimiento de la bondad y amabilidad divina, por la

observación de aquello que le debemos: fijémosnos, pues, en los favores de Dios.

Con cuánta razón preguntaba San Pablo: *¿Quid habes quod non accepisti?* ¿qué tienes que no hayas recibido? Todo, Dios mío y Señor mío, todo lo hemos recibido de tu liberalísima mano: Tú formaste este cuerpo con el polvo de la tierra: Tú sacaste de la nada esta alma con sus potencias: Tú nos diste el ser á tu imagen y semejanza. Tú conservas nuestra vida: tu Providencia divina nos ha dado siempre el pan que hemos acercado á nuestros labios para alimentarnos, el techo y vestido que nos abrigan, el aire que respiramos, el sol que nos calienta, el agua que nos refresca, la tierra que nos sustenta, las flores que recrean nuestra vista y olfato, las frutas que regalan nuestro gusto: todo lo debemos á Dios.

## IV

Si el amor y el agradecimiento, que son los más nobles y preciosos afectos de nuestro corazón, deben encaminarse al ser más digno, hermoso, amable y bondadoso para descansar en él como en un centro, de seguro que no podrán menos que dirigirse á Dios nuestro Señor.

Hemos dicho ya, y nos complacemos en repetirlo como una nueva manifestación de nuestro amor, que Dios es la perfección suma y la suma de todas las perfecciones posibles é imaginables. Sólo su propio infinito entendimiento es el único capaz de conocerle cuanto es cognoscible, ó lo que es lo mismo, de

comprenderle. Sólo su propia voluntad es capaz de amarle cuanto es amable.

¡Oh! con razón la felicidad de los ángeles y de los santos consiste en contemplar, amar y poseer á Dios, y en esto consistirá por toda la eternidad.

Además, el Ser Supremo es el principio de todo bien en el cielo y en la tierra, en los ángeles, en los hombres, en los animales, en las plantas, en los seres inanimados. Él con la omnipotencia de su palabra soberana, dijo, y todo ha salido de la nada: conserva todas las cosas y las gobierna con providencia y sabiduría para que cada una consiga su fin y todas concurren en el vasto plan de la creación, á la gloria divina, fin último de cuanto existe.

Gracias os damos, Señor, por el ser que hemos recibido de vuestras manos: gracias rendidas porque nos habéis hecho inteligentes para conoceros y porque nos habéis dado un corazón capaz de amaros; pero haced con vuestra gracia que no abusemos de estas preciosas facultades apartándolas de Vos y poniéndolas en las criaturas.

## V

Grande es el Señor en sus obras: la naturaleza toda entona sin cesar un himno á la Omnipotencia, Bondad y Sabiduría divinas; pero es más grande y más sublime el mundo de la gracia; son inefables los beneficios que en este orden hemos recibido de Dios y que, en consecuencia, piden nuestro amor y reconocimiento:

Efectivamente, desde que Dios creó al hombre, lo elevó al orden sobrenatural y en sus manos puso los medios para conseguir su fin: ¡qué felices eran nuestros primeros padres! ¡qué felices hubieran sido sus descendientes! pero el pecado obscureció el cielo de la felicidad, las desgracias todas llovieron sobre el mundo desde la hora y punto en que la justicia divina pedía venganza contra sus ingratas criaturas.

Dios en su misericordia infinita y en los insondables abismos de la eternidad, había concebido un bellissimo plan de reparación por medio de la Encarnación del Verbo Divino, que como hombre, satisficiera á Dios por sus hermanos los demás hombres; y como Dios, diese un mérito infinito á sus acciones. Allí mismo, en el paraíso, donde resuenan todavía las palabras del coloquio diabólico entre la mujer y la serpiente, allí se escucha la promesa de un Redentor; allí se zanja los cimientos del nuevo edificio moral, allí se le revela al hombre ese inmenso y misterioso beneficio, por el cual debería desatarse en alabanzas de amor y de gratitud: la Redención.

Desde luego, para que la esperanza se conservase viva en los humanos corazones, empezó una serie no interrumpida de promesas, de figuras y de profecías relativas todas al futuro Salvador. Llegada la plenitud de los tiempos, el Verbo Divino del Padre, engendrado desde toda la eternidad, Dios de Dios, Luz de Luz y Dios verdadero de Dios verdadero, se hizo hombre y habitó entre nosotros. Jesucristo vi-

vió treinta y tres años para enseñarnos con su vida y ejemplo el camino del cielo: naciendo en un pesebre, abandonado de los hombres porque vino á los suyos y los suyos no le conocieron, nos enseñó la más profunda humildad y pobreza de corazón como fundamento de toda virtud: huyendo á Egipto por la persecución de un miserable reyezuelo de la tierra, nos enseña la resignación y á sufrir con paciencia las tribulaciones: viviendo hasta la edad de treinta años en el tallercito de su padre estimativo, nos enseña á santificar el trabajo uniéndolo al recogimiento de espíritu, á la oración, á la obediencia *et erat subditus illis*.

Jesucristo, durante su vida pública, hace descender sobre las turbas el celestial rocío de la divina palabra, da vista á los ciegos, oído á los sordos, habla á los mudos, hace andar á los paralíticos; pero estas milagrosas curaciones no son más que símbolos de otras curaciones más portentosas, las que hace en el espíritu de los pecadores cuyos ojos se abren á la luz de la fe, cuyos oídos escuchan la voz de la verdad, cuyos labios se desatan para confesar los pecados, cuyos sentidos y facultades obran el bien.

Jesucristo, finalmente, en su dolorosísima pasión, se sujeta á los más atroces tormentos para salvar al mundo, y lleva la obra de su amor hasta derramar la última gota de su Sangre preciosísima por nuestro rescate, y no queriendo dejarnos como huérfanos, escondió los esplendores de su Divinidad, la hermosura de su humanidad, tras de los accidentes de

pan y de vino y se queda en el Santísimo Sacramento del Altar para estar en todos los lugares de la tierra, y darse á todos los hombres, y vivir con ellos hasta la consumación de los siglos.

¿Qué piden tan singulares favores sino amor y agradecimiento? ¿Que nuestros corazones se inflamen en la llama del divino amor!

Además, cada uno de nosotros debe considerar con atenta mirada las gracias singularísimas que Dios en su bondad nos ha concedido desde el principio de nuestra vida.

Las aguas regeneradoras del Bautismo bañaron nuestra cabeza y en ese instante quedamos limpios de la horrible mancha del pecado original; se nos revistió la estola purísima de la gracia santificante; se nos infundieron las virtudes divinas; entramos á formar parte de la Iglesia que es el cuerpo místico de Jesucristo, y se nos dió el derecho á la herencia del Reino de los cielos.

Nacimos en medio de una familia católica: nuestros cariñosos padres nos colmaron á porfía de solícitos cuidados, sobre todo durante nuestros primeros años, y al propio tiempo se esforzaron para formar en nosotros un corazón verdaderamente cristiano. Ellos nos enseñaron á signarnos y á santiguarnos con la cruz, principal instrumento de la Redención; á invocar con fe y amor el santo nombre de Dios; á reconocer confiados su Divina Providencia, y á tener en nuestras almas el amor y temor del Señor, que es el principio de la sabiduría.

Respiramos la benéfica atmósfera de una sociedad cristiana; porque si es cierto que por desgracia hay una espantosa corrupción de costumbres cuya corriente envuelve y arrastra á innumerables jóvenes, también lo es que escuchamos los saludables consejos y somos testigos de los heroicos ejemplos que nos dan las muchas personas que conservan viva su fe y tienen aliento para confesar y practicar la religión: percibimos ese contraste y sentimos en el corazón el dulce estímulo de la gracia que nos lleva á ser buenos.

Hay en la vida un beneficio de Jesucristo que doma poderosamente los corazones, y es el más eficaz elemento de la vida del espíritu: el Santísimo Sacramento del Altar. Jesucristo en el Sacramento está real y verdaderamente presente; en consecuencia, vive con nosotros: está para ser el alimento de nuestras almas y viene por medio de la Sagrada Comunión.

(CONTINUARÁ.)

---

## VARIETADES

### PEQUEÑO CÓDIGO DE LA FAMILIA CRISTIANA.

(CONCLUYE.)

#### VI

*Cada día.*

1. En la familia cristiana, á hora conveniente, todos se levantan, hacen con devoción la señal de la

cruz, ofrecen á Dios el nuevo día y se arrodillan para la oración de la mañana.

2. Se persignan y rezan antes y después de tomar los alimentos.

3. Se presta atención á la voz de la conciencia y se lleva con resignación y con valor la cruz de los trabajos que se ofrecen.

4. Se hace la oración en común por la noche. Y se acumulan de este modo días bien empleados en la familia cristiana.

#### VII

##### *Los días festivos.*

1. En la familia cristiana nunca se llega tarde á la misa del domingo ú otros días festivos; antes bien, se pone esmero en oírla toda entera.

2. Se procura empeñosamente asistir, siempre que es posible, á la misa mayor, que es la misa parroquial.

3. Se cuida de la santificación del día, que es día del Señor, asistiendo al templo por la tarde cuando ninguna causa razonable lo impide.

4. Se visita á los difuntos de la familia en el cementerio.

5. No se pasa el tiempo en los cafés y en las cantinas.

6. No se hace trabajar en estos días santos á los obreros ú obreras.

7. Se cuida de no comprar más que las cosas en-

teramente indispensables y que no pudieron comprarse la víspera.

8. Y se procura dar alguna pequeña limosna para las buenas obras.

#### VIII

##### *Cada año.*

1. En la familia cristiana se implora la gracia de Dios y el cielo el día primero del año.

2. Se asiste con asiduidad á los santos ejercicios cuaresmales.

3. Se cumple con los preceptos eclesiásticos de la confesión y comunión anual, haciendo ésta precisamente en el templo parroquial.

4. Nunca se come de carne en los días que obliga la abstinencia.

5. No se dejan pasar inadvertidas las fiestas del santo del padre, de la madre, de los hermanos, hermanas y abuelos.

6. Se hace el *Mes de María* en la Iglesia ó en familia.

7. Se manda celebrar á lo menos una misa, cada año, por sus difuntos.

8. Se pone en lugar decente de la casa el *Nacimiento* de Noche Buena y se cantan tiernas y sencillas alabanzas al Niño Dios.

9. Se asiste á la *Acción de Gracias* á la Divina Providencia en el último día del año.



10. Se conservan todas las buenas tradiciones de los mayores.

Y de ese modo se acumulan años de oro sobre años de oro, en la familia cristiana.

## IX

## III

*La peregrinación de la vida.*

En la familia cristiana se considera la vida como un viaje; y así lo es en realidad.

Y se camina siempre al fin.

Y se auxilian unos á otros en el viaje, con la palabra y con el ejemplo.

## X

*La cita.*

Y cuando se llega al término de la jornada, se va con grande gozo á la patria á esperar á los otros.

Y se les llama, se les ayuda, por una comunicación incesante de recuerdos y de oraciones.

Y los otros llegan á su vez.

Y se les recibe, se les reconoce, se les abraza.

Y se aman eternamente en el seno de Dios.

Y no se separan ya, nunca jamás, los miembros de la familia cristiana.

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)

## EL CATECISMO

### ORGANO

### DE LA CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.

*Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.*

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.<sup>a</sup> EPÍST. DE S. JUAN. CAP. V, V. 4.

## DOCTRINA

(CONTINUA.)

Esta palabra *Iglesia* es susceptible de dos interpretaciones, una lata y general, otra estricta y particular. En la acepción más amplia, la Iglesia es el conjunto de todos los fieles llamados al conocimiento del verdadero Dios, formando un solo cuerpo cuya cabeza es Jesucristo. Considerada así, abraza todos los tiempos, es tan antigua como el mundo, porque todos los fieles, de la antigua y de la nueva ley, tienen á Jesucristo por cabeza. Los fieles de la ley antigua creyeron en él como que había de venir, y nosotros creemos en él como venido ya; mas él es el único Salvador de todos aquellos que vivieron antes de él y de todos los que han vivido, viven y vivirán después de él. Existe, pues, distinción de tiempos, pero hay unidad de fe, de religión, de Iglesia. Además, la Iglesia, comprendiendo en este sentido todos los tiempos, comprende no sólo los fieles que viven sobre la tierra, sino también á los que ya murieron en estado de gracia. Así considerada, se la divide en tres partes, según los diversos estados en que se en-